

A 60 años del fin de la Segunda Guerra Mundial

Memoria y Balance

Cuando estas páginas lleguen al lector de **Cabildo** habrá pasado ya el sexagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial. Como quiera que desde aquel momento quedaron fijadas las coordenadas principales del siglo XX (y, muy probablemente, del XXI) es necesario volver, con la memoria, a aquella fecha y hacer un provisorio balance de lo sucedido hasta el día de hoy.

Lo primero que hay que recordar es que a partir del siglo XVIII Occidente entró en un proceso de mutación política, económica y cultural que avanzó, durante el XIX, sin encontrar adversarios de importancia. Liquidada la resistencia de *La Vendée* (de orden puramente local, pese a su profundo significado), en los cien años siguientes no hubo más que movimientos importantes en países secundarios (como el carlismo) o movimientos poco importantes en países principales (como el legitimismo francés). Me refiero, claro, a movimientos capaces de enfrentar a la modernidad como proyecto global, porque en el seno mismo de la modernidad se produjo una división entre socialismo marxista y liberalismo político y económico sobre cuya profundidad y significado hablaremos luego.

La etapa final del siglo XIX (1870-1914) marcaría una culminación del iluminismo en la cual la segunda revolución industrial parecería cumplir las promesas del progreso técnico y científico.

El darwinismo proporcionaba una respuesta a la más profunda pregunta de la humanidad (“¿qué es el hombre?”) y sobre todo las reglas de la democracia y la vida partidaria eran aceptadas por la casi totalidad de los actores de la vida política, incluyendo a aquellos que conservaban todas sus prevenciones sobre el conjunto del iluminismo como ideología (la Iglesia Católica) o sobre la realidad de las libertades que el modelo vigente aseguraba (el marxismo).

Recién comenzado (en 1914) el siglo XX trajo inquietantes novedades. Por un lado, lo agonal —la lucha— regresaba a lo político por obra del marxismo-leninismo, y por el otro aparecía, por primera vez en dos siglos, un movimiento capaz de cuestionar a fondo y en su totalidad los valores y las instituciones del iluminismo. Cuando en 1933 ese movimiento tomó el poder en uno de los países centrales de Europa, la alarma se hizo pánico. Por eso en 1935 el Komintern llamaría a la unión sagrada de todos los hombres progresistas. El llamado tardó en obtener sus últimas consecuencias sólo porque la clase dirigente liberal en funciones se definía todavía, aunque parcialmente, como conservadora, y por ello titubeaba en elegir cuál de los dos peligros era peor, si el comunismo o el nazismo.

Producida la Segunda Guerra Mundial y el ataque alemán a la Unión Soviética, sucede lo que considero el instante del giro final: el rechazo por los conserva-

dores ingleses de la misión Hess y la aceptación, con todas sus consecuencias, de la alianza con la Unión Soviética. Allí es donde quedó definido el siglo siguiente. Las dos alas de la ideología iluminista declaraban menores sus diferencias internas y denunciaban como el enemigo al que cuestionara en su integridad la concepción progresista del hombre. En eso estamos hoy, sesenta y cuatro años después.

Posguerra de odio

Porque además el modelo fascista, en su versión alemana sobre todo, había osado enfrentar a uno de los grandes poderes de la tierra: el lobby judío, cuya potencia en Estados Unidos y en el mundo no ha hecho más que crecer desde entonces.

Por eso, tras la derrota de los fascismos, la posguerra fue un aquelarre de odio desatado hasta cotas que hoy es difícil entender sin estas claves interpretativas.

Era cuestión de aplastar —después de hacerlo con las armas— al enemigo que había osado enfrentar al modelo iluminista y a los judíos. Era cuestión de no dejarle ni los ojos para llorar, destruyendo su orgullo y su prestigio como ya lo habían hecho con sus ciudades, es decir despiadadamente. Se montó el juicio de Nüremberg para demostrar que la humanidad se encontraba frente a un caso tal de horror y atrocidades que justificaba romper todas las reglas civilizadas de los tribunales, que se habían edificado

desde Roma y que habían sido convertidas —por las potencias liberales— en uno de los grandes logros de su régimen.

Así, los principios de “*nulla poena sine lege*”, “*in dubio pro reo*”, “*non bis in idem*”, etc. fueron archivados porque los crímenes eran tan enormes, tan singulares, tan irrepetibles que exigían ese “sacrificio” para lograr que se hiciera justicia. Y todo el tinglado se montó —¿casualmente?— en la misma ciudad en que los nazis habían dictado las primeras leyes de exclusión de los judíos desde la Edad Media. Mientras tanto, simultáneamente a ese juicio, y a pocos kilómetros de donde se celebraba, se estaban realizando abusos, horrores y matanzas en número muy superior a las investigadas sumariamente en Núremberg y dadas por probadas no sin uso de coacciones, torturas y humillaciones innumerables.

Por eso, ya en 1948 Maurice Bardeche escribía: “*Estoy molesto porque haciendo la suma se encuentran finalmente más cadáveres, torturas y deportaciones a cuenta de los defensores profesionales de la persona humana que en la cuenta de lo que ellos llaman torturadores y asesinos*” (cfr. su “*Núremberg o la tierra prometida*”).

En efecto, según las muy documentadas páginas de Bacqué y de Zayas simultáneamente con el juicio a los criminales de guerra, los aliados —liberales y comunistas unidos sin fisuras en esto— liquidaron entre dos y seis millones de alemanes con las deportaciones de Polonia y Checoslovaquia, entre uno y dos millones de prisioneros de guerra maltratados y hambreados, más unos cinco millones y medio de civiles alemanes víctimas del hambre provocada en las zonas de ocupación. El odio se había soltado en Europa de una manera y en una medida que se hará difícil de comprender

para las generaciones futuras. No cabe disimular que la Alemania nazi, enfrentada al mundo entero, había cometido crímenes y abusos. No cabe tampoco olvidar que es posible que se haya dado la orden de castigar en los judíos por los bombardeos indiscriminados de las ciudades alemanas como lo da a entender el testamento de Hitler. Pero sobre los modos, duración y extensión de ese castigo el historiador debe suspender un juicio definitivo dado que, por primera vez en la historia de la humanidad, leyes positivas vigentes en buena parte de Europa prohíben —y castigan— toda indagación sobre ese hecho histórico. Tampoco se trata de hacer aquí un dudoso balance entre unas muertes y otras.

Basta observar lo que dijimos: aunque el odio y los crímenes hayan comenzado en la Alemania nazi, el triunfo aliado no contestó a ese odio con la pacificación y ni siquiera con la justicia. Por el contrario, canonizó el odio y lo convirtió en la respuesta necesaria y abrumadora a todo aquel que en el futuro osara amenazar a la ideología iluminista y desafiar a la potencia indudable del lobby judío en el mundo. Puso a su servicio, sin fisuras, un aparato propagandístico como jamás existió: miles de películas y de programas de televisión recordarían —día a día— la maldad de los nazis sin que pudieran defenderse de la misma manera a pesar de la “libertad de expresión” que el sistema supuestamente aseguraba.

Uno puede creer o no en los “*Protocolos de los Sabios de Sión*”. De lo que no puede dudar es de la existencia y potencia de ese lobby que —entre otras maravillas— autoriza al Estado de Israel a practicar de manera continuada y sin disimulos un terrorismo de Estado (“asesinatos selectivos”) que en otras latitudes han costado y siguen costando largas penas de prisión y la condena indignada de una opinión pública mundial que en verdad ha muerto hace rato y ha sido reemplazada sin estridencias por la opinión de los medios masivos de difusión.

¿Hacia un nuevo orden mundial?

En los sesenta años transcurridos desde la paz que trajo más (y no menos) odio, el primer acto fue la llamada “*guerra fría*”, enfrentamiento entre las dos alas del iluminismo que duró desde 1948 (bloqueo de Berlín) hasta 1975 (fin de la guerra de Vietnam). Fue más bien una guerra “*vicaria*” en la cual la Unión Soviética usó sus peones, desde Corea del Norte hasta el Vietcong, para desafiar a la potencia hegemónica en Occidente, los Estados Unidos. Fue una curiosa guerra no sólo por vicaria, sino por limitada: ninguna de las dos partes se empleó a fondo ni usó todas sus posibilidades ni sus armas. Se puede especular sobre las causas de estas características de la guerra fría: se puede atribuir a la

Librería HUÉMUL

Gerardo Tresca: El espejismo de la convertibilidad.

La economía argentina en la década del '90.

\$ 15

Solicite nuestras listas y catálogos. Envíos al interior y al exterior.

Avda. Santa Fe 2237 - Tel. 4822-1666. Fax 4825 - 2290
libreriahuemul@arnet.com.ar

bomba atómica y al límite que fijaba al conflicto (ninguno de los combatientes tenía vocación suicida). Pero se puede argumentar también que los Estados Unidos nunca pudieron sentir a la Unión Soviética como a un enemigo, sino sólo como un adversario que compartía en el fondo la visión iluminista. A esto apunta el episodio de la intervención china en Corea: cuando sucede, Truman se niega a autorizar el uso del arma atómica que apenas cinco años antes había ordenado utilizar dos veces contra Japón. En ese momento ni la Unión Soviética ni China tenían poseían bombas atómicas.

Porque esa guerra fría escondía el argumento de mucha mayor trascendencia de lo que estaba sucediendo realmente en el seno de Occidente: el avance de la ideología progresista e iluminista en su versión de izquierda en las clases dirigentes intelectuales, proceso que hoy es de una claridad meridiana.

De modo que en 1975 se disparan varios sucesos significativos: por un lado, con el fin de la guerra en Vietnam termina el último episodio bélico de importancia de la guerra fría y los Estados Unidos sufren la primera derrota militar de su historia. Por el otro, comienza a difundirse un estado de ánimo que pronto llevará el nombre de posmodernismo y que es el reconocimiento fatigado de *“el fin de los grandes discursos”*. Porque la paradoja es que la ideología iluminista se adueñaba del mundo intelectual al mismo tiempo que entraba en una crisis incurable y su “gran discurso” del progreso prometeico mutaba en un ridículo y minúsculo discurso hecho de defensas de causas tan memorables como el aborto irrestricto y el matrimonio homosexual. Así estamos: el penúltimo acto del siglo XXI fue el colapso de la Unión Soviética y

del modelo del “socialismo real”. El último es este atroz sinceramiento del conflicto que vivimos.

Destruído y desprestigiado el modelo fascista, el único enemigo global que le queda al iluminismo es la Iglesia Católica, dentro. Y el Islam, fuera. Del segundo se encargan, sin mucho éxito y a pesar de los chillidos progres, los Estados Unidos. Del primero se está encargando la progresía occidental a golpes de manifestaciones de orgullo gay, legalizaciones de las coyundas entre hombres y entre mujeres (cada cual por su lado, claro) y denuncias de homofobia.

Un hito nada despreciable en esa guerra es la reciente propuesta lanzada en Canadá de un “código de práctica ética” para las religiones (pero, desde luego, a la que apunta es a la católica) según el cual les estará prohibido *“violiar los derechos humanos excluyendo del sacerdocio a las mujeres o calificando de inmoral a las uniones maritales que no sean entre un hombre y una mujer, etc.”* (cfr. *Noticias globales*, año VIII, N° 602, del 22 de julio de 2005).

Balance y futuro

Durante sesenta años han gobernado, pues, el mundo, las dos versiones de la ideología iluminista. ¿Qué han logrado? El socialismo real se derrumbó en 1991 sin dejar huellas tras su fracaso económico, político y cultural.

En Occidente, en cambio, hay quienes (como Mr. Fukuyama) pensaron que eso abría el camino a la democracia como *“la forma final del gobierno humano”*.

Dios nos libre. Porque la democracia decimonónica, que podía presentar serios títulos para ser considerada por lo menos como medio eficaz de solventar las querellas de lo político ha derivado en una orgía de mediocridad,

saqueo e ineficacia que aleja cada vez más a los votantes del cuarto oscuro, aunque por el momento no sea esa ausencia más que un medio de decir “esto, así no va”.

Puesto que, globalmente considerado —como alguna vez hemos dicho— el capitalismo ha fracasado tanto como el socialismo. Es el iluminismo el que nos ha acostumbrado a pensar globalmente. Y mirando el mundo en su conjunto, la democracia capitalista (o sea, plutocrática) no ha logrado su objetivo de convertir en consumidora a la humanidad entera y —por el contrario— ha creado desigualdades y bolsos de marginalidad que se hacen día a día más insoportables pero que nadie sabe cómo reducir o suprimir.

En lo cultural, por su parte, dos cosas han quedado al desnudo: primero, la decadencia de toda cultura seria y su reemplazo por la ideología banal de los medios de difusión; segundo, que la lucha cultural está empantanada desde hace más de cien años. A fines del siglo XIX el combate se daba en Europa contra la Iglesia para empujarla fuera del espacio público (leyes de matrimonio civil, de cementerios laicos, de registros civiles, de divorcio vincular, etc.). A fines del XX, el combate está entablado contra la misma opositora, pero esta vez para borrar todo vestigio de la cristianidad de Europa.

Será el fin de una larga etapa histórica pero no podrá festejarse el triunfo de nadie. Así como el concepto de posmodernidad desnuda la sensación de término de algo pero sin idea del futuro (y por eso hay que buscar un nombre dependiente del pasado), la poscristiandad significa que todos los fundamentos profundos de la cultura occidental han cedido y que para adelante solo queda la nada, la náusea, la desesperación y el vacío.